



PARA ENTENDER EL CARIBE

*Edelberto Torres-Rivas**

Este artículo revisa las peculiaridades económicas, políticas y culturales que distinguen a los países del Caribe, con especial énfasis en los casos de Cuba, Haití y República Dominicana. Igualmente se abordan dos de los problemas que pueden ser decisivos para el futuro de la región, dado el lugar central que ocupan en la agenda estadounidense: el del narcotráfico y el de las migraciones. En este contexto se examinan finalmente los avances y obstáculos de la transición política a la democracia, mostrándose la heterogeneidad de los respectivos procesos en esos tres países así como sus puntos de convergencia

This article looks at the economic, political and cultural idiosyncrasies that mark the Caribbean countries, with special emphasis on the cases of Cuba, Haiti and the Dominican Republic. It also covers two of the problems that might be decisive for the future of the region, given the central place that they hold in the agenda of the United States: drug traffic and migration. It is in this context that, finally, the advances and obstacles in the political transition to democracy are examined, presenting the heterogeneity of the respective processes in these three countries as well as their points of convergence.

Las sociedades isleñas en clave histórica

El Caribe es tierra de contrastes y emociones, un extendido mosaico de varios mundos, que se vienen fundiendo desde hace siglos y que se encontraron, enfrentándose, por la voluntad de la naturaleza o de la historia. Así, el Caribe evoca el choque entre las fuerzas telúricas y la voluntad de los hombres, con resultados contradictorios y a veces difíciles de definir. Por eso, aparecen en la historia de esta región tantos y tan variados aspectos, inextricablemente con-

* Ex Secretario general de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO; profesor en la Universidad de Costa Rica y en el Instituto de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Salamanca, España.

fundidos, redefinidos sobre todo ahora, marcados en el cambio global.

Es preciso identificar con alguna precisión el universo caribeño, y el punto de partida es reconocer que como en ninguna otra entidad, el Caribe es más que tierra, pero no es la geografía quien lo define. También fue escenario de luchas imperiales en las que España e Inglaterra se enfrentaron durante su apogeo colonial, para terminar cediendo frente al vigor juvenil de Estados Unidos, en pleno desarrollo capitalista. El desafío de la Unión Soviética con sus misiles apuntándoles desde Cuba, agregó, brevemente, una nueva dimensión estratégica. Sin embargo, tampoco es la geopolítica lo que define al Caribe. Su múltiple referencia a la economía de plantación podría identificarla como una región caracterizada por la monoexportación de azúcar y ron, pero el turismo y otros servicios, también cuentan.

Es resumen, a contrapelo de tales evidencias, no es la economía, ni la política ni la geografía solamente, las referencias que permiten reconocer el Caribe actual; todas ellas juntas, redefinidas por la historia y de manera particular, en esta coyuntura de final de siglo marcada por rasgos contradictorios como la creciente interdependencia que persigue la globalización mundial y la búsqueda de espacios de integración regional; la preeminencia y la fuerza del mercado y el nuevo reconocimiento de los valores democráticos, expresiones religiosas, culturales y étnicas. En suma, tendencias poderosas a la unidad y a la fragmentación, que en el Caribe también pueden reconocerse.

Afirmamos que el Caribe tiene una conformación insular y en consecuencia no se incluyen en este reconocimiento las vastas costas de tierra firme que bañan el llamado mar Caribe, las sociedades cuyas playas lo limitan. Así, no deberían reconocerse como países caribeños los estados ribereños como Venezuela, Colombia o Centroamérica, ni México ni Estados Unidos. Como podrá verse más adelante, no hay unanimidad en esta definición, pues en un esfuerzo de conciliación se admite que hay un Caribe insular, otro continental y una perspectiva de cuenca. Las sociedades insulares que la conforman, exhiben una gran heterogeneidad etnohistórica, lingüística, económica y cultural que en esta introducción se mencionan. Es como se dijo antes, región de contrastes y discontinuidades, de tradiciones que se encuentran y se repelen. El interés de este trabajo,

finalmente, se dirige al análisis de las sociedades más grandes de las Antillas, especialmente Cuba, Haití y República Dominicana.

No es casual que distintos nombres concurren para ayudar a diseñar estrategias propias, diversas denominaciones intencionales al uso. Estados Unidos, la potencia dominante, se refiere a la región como la Cuenca del Caribe e incorpora así su estrategia política tanto a la zona isleña como a los países ribereños. Desde América Latina se habló durante mucho tiempo de las Antillas Mayores y Menores, como un mundo próximo, el hispanoparlante, y una realidad colonial, ajena. La CEPAL, por ejemplo, como comisión latinoamericana incluyó en sus trabajos al resto del Caribe muy recientemente. Inglaterra, en especial referencia a su disperso control angloparlante, lo identificó como *The West Indies*.

No existe otra región en el mundo con tantos vínculos colonial-formales como ocurre aquí. Guadalupe, Martinica, Dominica, la Guayana francesa, son parte integral de Francia, sus habitantes son ciudadanos de la Unión Europea y forman una pequeña esquina del Mercado Único. Los Países Bajos se prolongan legalmente en Aruba y las Antillas Holandesas. Por lo menos en una docena de estados minúsculos, la reina Isabel II de Gran Bretaña ejerce como soberana; su política exterior y su defensa corresponden a Londres. Puerto Rico —con un estatus particularmente ambiguo— y las Islas Vírgenes forman parte de Estados Unidos y sus habitantes son ciudadanos estadounidenses.

Culturalmente el Caribe es cuatrilingüe y creole, con predominio de mestizos de origen hispano y negros de origen africano, a lo que se suman minorías de hindúes y chinos. El mosaico religioso es aún más evidente, desde la Iglesia católica hasta los rastafaris pasando por todas las denominaciones de las Iglesias cristianas. Una barrera cultural se fue estableciendo apoyada en las encontradas políticas coloniales, entre el afrocaribe inglés y el de habla hispana. De hecho, coexisten varios Caribes.

El mayor contraste ocurre entre la economía y la política, es decir entre su actividad productiva y su importancia estratégica. Se produce aquí una condición particularmente ambigua. Todos los países del Caribe son económicamente débiles y con tradicionales problemas de vulnerabilidad. Compiten entre sí porque sólo son exportadores de azúcar, ron y bananos. Hoy día se alzan un poco más,

en feroz competencia con una oferta de turismo de arena y sol, o bien como paraísos fiscales que recuerdan la vieja historia de estas islas como refugio del narcotráfico. Son sociedades altamente vulnerables al embate económico, a las indeclinables pero hoy día predecibles tormentas tropicales y a las presiones diplomáticas. La excepción no es Cuba, cuya historia está plena de luchas para sobrevivir frente al acoso de las fuerzas telúricas y a los designios del imperialismo.

El 40% de las exportaciones regionales van a Estados Unidos y menos del 20 hacia Europa. Todas estas sociedades atraviesan un difícil periodo de ajuste estructural y liberalización comercial, una crisis que se origina en las debilidades de la demanda del mercado externo para sus productos primarios y en la caída de los flujos de la cooperación internacional, especialmente grave para Cuba, que realiza en estos momentos otras estrategias de ajuste. Descontada ésta, en la última década, la asistencia para los países independientes del Caribe cayó desde los mil 500 millones de dólares a 200, el 60% del cual proviene de la Unión Europea.

En la perspectiva estadounidense, cuyos intereses imperiales definen la importancia estratégica de la Cuenca del Caribe,¹ ésta tiende a considerarse como un *mare nostrum* indiscutido. La región es el cuarto mercado más importante para los productos estadounidenses, con el 14% de sus exportaciones y el 11% de sus importaciones. El Caribe entrega dos productos vitales para el gran vecino, el 85% de la bauxita y el 70% del petróleo —incluyendo los subproductos— que su economía necesita en tiempos de paz. También proporciona otros metales igualmente importantes como el níquel, el cobalto y el oro.

Pero la condición geopolítica se perfila de manera más precisa si se recuerda que hoy día, alejados ya de la guerra fría, el 44% del total del transporte de carga estadounidense y el 45% del petróleo crudo atraviesa rutas del Caribe. Cuando todo parecía acercarse a una situación de guerra caliente, la sensibilidad de la región fue particularmente decisiva, pues casi la mitad de los suministros de material bélico para la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) habría pasado por el mar Caribe. El problema era de seguridad vital

¹ Ya se dijo que en la definición de "la Cuenca" concurren también los países ribereños, es decir Venezuela, Colombia, Centroamérica sin El Salvador y México.

para Occidente. De ahí el profundo interés no sólo de Estados Unidos sino de algunos países europeos en el control de la libertad de navegación, que conduce al tráfico monopolizado.

Estrategias para ayudar a una región estratégica

Por lo expresado líneas arriba, una experiencia importante de analizar es el cortejo que las grandes potencias han ejercitado frente a los países del Caribe. Es importante examinar brevemente las medidas de cooperación externas para aliviar los tradicionales achaques de estas economías en crisis, sobre todo en los últimos tiempos. De hecho, la cooperación externa para el Caribe es un dato reciente y se inscribe sin ninguna duda en el marco de una definición estratégica de largo plazo.

En la década de los ochenta, la política exterior estadounidense hacia el Tercer Mundo cambió y especialmente en relación con América Latina, remplazando el enfoque moralista y excesivamente político —aliados en el conflicto anticomunista— por otro, de sesgo más económico y vinculado a la defensa de los derechos humanos. Una de sus expresiones fue la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC) propuesta por el presidente Carter en 1982 y ampliada durante la administración Reagan, que ratifica una vieja concepción “monroiana” acerca de una zona natural de influencia, distinta y hasta separada del resto de América Latina. Influyó en su promoción, sin duda, la crisis centroamericana y la independencia de algunas colonias inglesas y holandesas. Desde los años setenta, se sucedieron variadas experiencias de orientación socialista justamente en el Caribe no hispánico, como las de Jamaica, Guyana, Suriname y Granada. Esta última fue invadida por Estados Unidos en 1987, en un incalificable acto de nerviosismo estratégico.

La ICC otorgaba trato preferencial a ciertos productos agrícolas e industriales de los países de la región, ofrecía facilidades financieras y condiciones favorables para el servicio de la deuda externa. Una evaluación de los beneficios del ICC permite indicar que los mismos fueron importantes y dependieron tanto de la habilidad de los gobiernos y de los empresarios nacionales para ajustarse a la cuidadosa normativa del mercado estadounidense, como de decisio-

nes políticas de este origen. Fue sin duda una respuesta coyuntural que hoy ha quedado postergada por los efectos que la asociación comercial de Estados Unidos con México produce en esta región. Y tal vez por los anuncios de un probable mercado único hacia comienzos del nuevo siglo, esbozados en la "Iniciativa para las Américas".

La Comunidad Europea definió su política exterior hacia su vasto mundo ex colonial estableciendo una categoría de países: 70 países de África, el Caribe y el Pacífico (ACP) como beneficiarios de un trato especial a los que se llaman los países ACP. Están agrupados en el llamado Convenio de Lomé, 16 de ellos son caribeños angloparlantes² y fue establecido en 1975. Su renovación en 1990 permitió el ingreso de República Dominicana y Haití. Todos los países del Convenio disponen de preferencias comerciales no recíprocas con la Unión Europea, especialmente los productos agrícolas que disfrutaban de libre acceso al mercado europeo.

Se trata de un verdadero contrato vinculante y una modalidad avanzada de cooperación con el mundo subdesarrollado, que además prevé una cooperación plurianual, que en los últimos cinco años fue de 13 mil 300 millones de ecus,* una parte de los cuales se aplica para ayudar a las políticas de ajuste estructural. Al igual que el ICC, el Pacto de Lomé vincula los fondos de la cooperación al cumplimiento de normas democráticas y de derechos humanos.

Finalmente está Cuba, que disfrutó durante más de un cuarto de siglo de una relación preferencial por parte de la ex Unión Soviética, a través del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) para los productos de exportación de la isla. A través de este organismo y en la modalidad de intercambios bilaterales con los países que lo conformaron, se estableció un trato especial en relación con el volumen y los precios del azúcar, cítricos, bauxita y otros. Por cierto, la disolución del CAME privó a Cuba de una contribución superior al millón diario de dólares; su comercio exterior se redujo en un 75%, se vio privada del suministro de un promedio del 88% de sus necesidades de combustible y del 63% de alimentos.

² No se consideraron ACP los francoparlantes, que pertenecen legalmente a la Unión Europea; también quedaron excluidas varias colonias británicas como Anguila, Bermuda, las Islas Caimán, Turcos, Vírgenes inglesas y Montserrat.

* Moneda de la Unión Europea. [N. del E.]

Las iniciativas locales

Son características del Caribe su dispersión física, una profunda fragmentación cultural y su diversidad política. No obstante haberse hecho importantes esfuerzos de colaboración e integración, todos ellos resultaron débiles e insuficientes hasta la fecha. Por ejemplo, en 1958 se constituyó la Federación de las Islas Occidentales, que terminó en 1962; tres años después nació el Caribbean Free Trade Association (CARIFTA), que agrupó a 12 países isleños, más Belice y que fue sustituido en 1973 por un proyecto más ambicioso e inclusivo, el Mercado Común del Caribe (CARICOM).

La realidad escindida de la región, como se ha asentado en las páginas anteriores, se refleja, por ejemplo, en la construcción del CARICOM, que agrupa a las colonias y ex colonias británicas. En 1994, las 13 pequeñas economías que lo integran, reunieron una población de 5.1 millones y un PIB de 13 mil millones de dólares —con un ingreso per cápita de 2 mil 400 dólares—, inferior, por ejemplo, al de Perú, que no es de los países mayores de América Latina. Nótese que Trinidad-Tobago aportan la mitad del PIB subregional, y Jamaica la mitad de la población. El PIB per cápita varía de 558 dólares en Guyana a más de 6 mil 600 en Barbados. En febrero de 1995 Surinam se convirtió en el decimocuarto miembro y el primero que no es de habla inglesa, pero con una economía igualmente insignificante.

Diversos intentos de colaboración comercial y asociación económica se continuaron. Vale la pena mencionar la reciente creación de la Asociación de Estados del Caribe (AEC), formada por 25 estados independientes y 12 asociaciones, firmada en Cartagena de Indias, Colombia, el 25 de julio de 1994. La AEC tendría una población de 200 millones de habitantes y un PIB de 500 mil millones de dólares y se propone impulsar nuevas formas de cooperación a partir de las experiencias del CARICOM, por un lado y del Mercomún centroamericano por el otro, pero aún es muy pronto para calificar su destino. En todo caso, el tema recurrente es la viabilidad de los pequeños estados y la necesidad de construir una interdependencia con alcances también políticos.

La dimensión internacional y la globalización del Caribe

Colonialismo y liberación

El Caribe ha sido una zona de violencias imperiales, de políticas de colonización y descolonización, tempranas unas y recientes otras. Santo Domingo fue la primera colonia española y Haití el primer país que se independizó de Europa. Ocurren también un colonialismo tardío, como en Puerto Rico, o la persistencia imperial europea, como lo prueban las independencias fatigadas otorgadas por Holanda e Inglaterra. La guerra por los mercados, el control de las rutas, el negocio de la materia prima que enfrentó España con sus vecinos europeos en los siglos XVII y XVIII, se convirtieron en arduo conflicto diplomático entre Inglaterra y Estados Unidos, en el siglo XIX y casi en una confrontación militar en la segunda mitad del XX, entre la Unión Soviética y Estados Unidos.

Las luchas anticoloniales y los movimientos sociales en la segunda mitad de este siglo, marcan de manera particular la historia del Caribe. El advenimiento de la Revolución cubana, su rápida identificación socialista y su adscripción al bloque soviético reforzó la bipolarización de la política mundial y alimentó de manera agresiva la política estadounidense en la zona, cuyas consecuencias ocasionaron décadas de enfrentamientos de toda naturaleza, conspiraciones e intrigas, bloqueos, invasiones reales y potenciales, movimientos de liberación nacional aplastados, políticas de progreso mal vistas. De mayor significado fueron las invasiones seguidas por la ocupación estadounidense de Santo Domingo (1965), Grenada (1983), Panamá (1989) y Haití (1993).

Se pueden recordar, en rápido recuento, la manera cómo fueron enfrentados por las potencias coloniales y Estados Unidos, diversos gestos de independencia y reforma sociales, como la primera victoria electoral de Michel Manley, en Jamaica —poco después de 1955—, el ascenso del Partido Progresista en la ex Guayana inglesa, el Movimiento de la Nueva Joya en Grenada (1983), el Movimiento de los Sargentos, en Surinam (1980), que llevó al bloqueo del país por parte de Holanda y Estados Unidos, así como otros movimientos sociales de protesta en Jamaica, Guyana, Trinidad y Tobago, en diversos momentos entre 1983 y 1985, etcétera.

La guerra fría continúa en el Caribe ardiente

Las estrategias de desarrollo de las naciones caribeñas han estado históricamente diseñadas por políticas coloniales hasta el día de hoy. Así de fuerte su condición geoestratégica. Los apetitos políticos se reproducen en este final de siglo en un ambiente cada vez más distinto, pero todavía marcado por el clima de la guerra fría a causa del encono estadounidense frente a Cuba. Adelante nos referimos con más detalle a los hechos que califican esta inexplicable situación, seis años después de la caída del muro de Berlín y cinco del colapso del CAME. En todo caso, para efectos universales, la guerra fría terminó, *de facto*, con la Guerra del Golfo, que ató la amistad de la ex Unión Soviética con su antiguo enemigo, Estados Unidos, en contra de un viejo aliado, Irak.

No obstante el papel estratégico de la Cuenta caribeña, éste se redefine pausadamente en un escenario sin guerras internacionales previsible, en un sistema que ahora se mueve hacia el desarme, la colaboración político-militar entre las grandes potencias, la creación de conflictos por la productividad, el comercio o la renovación tecnológica. En estas circunstancias emergentes de un proceso de globalización creciente, que es dable pensar que se mantendrán durante varias décadas, la presencia estadounidense en la zona se refuerza notablemente y los cambios en su estrategia hacia el Caribe empiezan a manifestarse de manera más indiscutida que nunca.

En general, las tendencias en la agenda internacional están influidas no sólo por el fin de la guerra fría sino también por los procesos de internacionalización de los mercados. Y así se va desplazando el conjunto de la región caribeña desde un perfil geopolítico hacia otro más socioeconómico, en el que aparecen nuevos actores y componentes, de desigual significación para el desarrollo de estos países. El profundo redespliegue productivo y la renovación del mercado internacional, ya no requieren de los principales productos de las economías isleñas.

No sólo es el debilitamiento total de la plantación, microcosmos cultural donde se gestó el Caribe, sino el fin del destino azucarero, bananero, cafetalero, cacaotero de su especialización primaria hacia los mercados externos donde el estadounidense es superior debido a las nuevas regulaciones protectoras y al uso de edulcorantes, del té

o la competencia que los países del ACP se hacen entre sí. El petróleo y sus derivados están sujetos a variaciones y/o tendencias a una baja de precios, y la bauxita ha sido sustituida en la industria internacional por los productos plásticos o la fibra de vidrio. En algunas sociedades como Jamaica, Trinidad y Tobago, República Dominicana e Islas Vírgenes se ha dictado una legislación favorable para la creación de zonas francas y para el funcionamiento de industrias de maquila. Ambas modalidades funcionan visiblemente bien, pero sus efectos de creación de valor agregado local son irrisorios.

Como viene ocurriendo con el resto de América Latina, las sociedades del Caribe han debido poner en práctica una política de acomodo a las nuevas exigencias del mercado mundial, en ese trazado aparentemente contradictorio entre los procesos de globalización, que marcan la pauta de una nueva interdependencia brutalmente asimétrica y los procesos de fragmentación que redefinen el papel de las viejas soberanías nacionales. No hay si no complementariedad en esa dinámica que amenaza a las sociedades poco desarrolladas con dejarlas al margen del progreso, en la orilla de la historia, en el desván de lo que ya no sirva.

De ahí la importancia desesperada de los procesos de integración entre grandes y pequeños, que éstos necesitan más. El CARICOM ya no es la respuesta, aun cuando como ya ocurrió, Santo Domingo, Haití y Venezuela adquieran un estatus de observadores.³ Ahora todo empuja hacia una integración de brazos abiertos con los países del TLC o NAFTA (por sus siglas en español y en inglés respectivamente), en una ansiada materialización de la Iniciativa para las Américas. En consecuencia, si el fin del conflicto Este/Oeste ratifica el carácter estadounidense del *mare nostrum* caribeño, la globalización/fragmentación internacional, empujan a estas sociedades en brazos, o a los pies, del mercado de Estados Unidos. Toda lectura del futuro previsible de la región, en aspectos económicos, financieros, culturales, militares, políticos, tiene que hacerse en clave imperial.

³ En 1989, una cumbre de los países del CARICOM diseñó un ambiciosos programa de cuatro años, Grand Anse Declaration, a fin de elevar los niveles de colaboración económica y avanzar hacia una integración más estrecha en el Caribe.

Nuevos problemas, nuevas relaciones

Las drogas y sus consecuencias

Descontadas las dimensiones económico-políticas críticas que sugerimos anteriormente, dos son los aspectos que hoy día califican la agenda de las relaciones internacionales de las sociedades del Caribe. Obviamente, también su situación interna. Por un lado, los problemas de la migración ilegal de ciudadanos caribeños hacia Estados Unidos, y por el otro, la producción, comercialización y traslado de sicotrópicos ilegales hacia aquel mercado. Los temas de los migrantes y del narcotráfico establecen nuevos derroteros para la vida de casi todas las sociedades de la zona y nuevas articulaciones con el exterior. Las luchas de liberación nacional y el temor al comunismo ya no dan contenido a la definición de seguridad nacional. La sociedad estadounidense se inquieta ahora por dos ilegalidades, la de los hombres oscuros que llegan para "hacer la América" en los niveles más bajos de la estratificación, y la de las fugas fáciles de la droga, que descompone el sueño americano de los jóvenes.

El problema de las drogas se ha venido convirtiendo desde hace ya más de 15 años en el aspecto más sensible de la política exterior estadounidense hacia América Latina, como lo prueba el carácter de las relaciones, toleradas con México, difíciles frente a Perú y Bolivia, y especialmente enconadas con Colombia. En la experiencia reciente, no sólo es el tema del tráfico de la droga, del que según la DEA (1992) el 60% de la cocaína consumida en el mercado de Estados Unidos es enviada desde, o pasa por algún punto del mar Caribe.

Preocupa también la creciente importancia de su producción en estos países. Jamaica produce un promedio del 15% de la demanda estadounidense de mariguana y por su capacidad para producir divisas, se sitúa como el tercer producto de exportación en este país. Belice ha sido señalado como otro productor importante de mariguana, cuyas plantaciones ilegales fueron quemadas sin previo aviso en 1990, de manera igualmente ilegal, en un operativo exterior. Haití y las Antillas Neerlandesas han sido señalados como puntos de embarque de droga. Las Bahamas, Islas Vírgenes y algunas islas británicas y francesas, donde el turismo crece, están bajo vigilancia por la manera como participan en el lavado de narcodólares. Lo que

generalmente no se dice es que en estas sociedades, castigadas por la pobreza secular, con el 30% de desocupación promedio (1994) y con un paro juvenil superior al 50% son precisamente los sectores juveniles los más propensos para el consumo de drogas.

Ha habido diversos intentos por parte de dirigentes de gobierno para establecer una fuerza multinacional que controle y vigile ese tráfico pernicioso. Los mecanismos para hacer realidad esta fuerza prestan una activa colaboración con las autoridades estadounidenses, que se esfuerzan en lo que un autor llamó la "panameñización" de los ejércitos nacionales, es decir, esa voluntad de convertirlos en eficaces guardias nacionales especialmente entrenadas para pelear con los narcos, destruir plantaciones, detectar agencias de distribución y consumo de las drogas y lavado de las ganancias, o sea, convertirlos en un alargado brazo internacional de la DEA.

El dinero fácil de los narcodólares ha corrompido, más de lo que registra la prensa, a la élites isleñas. Recuérdese que el primer ministro de las Islas Turcas y Caicos, Norman Saunders, condecorado en su momento por Su Majestad Isabel II, fue detenido en 1985 en Miami, junto con su ministro de Comercio; ese mismo año se formalizaron las acusaciones contra Lyndern Pinding, primer ministro de las Bahamas, así como dos años después contra cárteles de las drogas. El general Noriega, jefe del ejército panameño, acabó finalmente ante un juez de instrucción en Miami, con graves acusaciones similares. Ése sería el destino de numerosos políticos de ambas orillas del mar Caribe, de prosperar la doctrina según la cual un crimen cometido contra la sociedad estadounidense, independiente del lugar de su ejecución, debe ser juzgado por ese país.

Una cultura de migraciones

El problema de los movimientos de población expulsada desde las sociedades del Caribe hacia Estados Unidos y Canadá es el otro tema sensible en estos años. Se trata, ciertamente, de un fenómeno viejo —se habla de una cultura de migración con hondas raíces— que por su persistencia ha terminado por constituir un aspecto urticante en las relaciones de esta región. En el pasado se habló de migrantes, ahora también se les califica de refugiados, y no por razones de su expulsión, ya que todos lo hacen por móviles económicos; se mueven

por la percepción que aún perdura en estas culturas, de que hay un horizonte mejor, más allá, que un norte incierto les ofrece.

Las migraciones de habitantes del Caribe han aumentado significativamente desde la década de los setenta, cuando empezaron a ser masivas e incontrolables. Se calcula que sólo en los últimos 15 años han entrado ilegalmente a Estados Unidos más de un cuarto de millón de personas, sin incluir a los ciudadanos cubanos, porque frente a ellos ha habido una política especial para aceptarlos. Los más importantes han sido justamente las que se originan desde este país, autorizadas por el gobierno en el caso del Mariel, y de las más recientes, la trágica experiencia de los balseros. Aquélla, cerca de 140 mil personas, fue tolerada por las autoridades estadounidenses; ésta fue resistida y unos 30 mil sobrevivientes fueron recogidos y concentrados en Guantánamo desde donde se negoció su regreso parcial.

Aun cuando las fugas de Cuba obedecen sin duda a motivos políticos, de insatisfacción o rechazo por el asfixiante régimen no democrático, hay también razones económicas. Son éstas las que están presentes, que son abiertamente rechazados al llegar a su ansiado destino; o en el masivo traslado de dominicanos, puertorriqueños y sobre todo de las islas angloparlantes de la región. En algunas de ellas se calcula que un cuarto de la población se ha ido al exterior. En el caso de las colonias o ex colonias europeas también hay movimientos migratorios hacia Europa, pero no es fácil encontrar cifras confiables de los caribeños que se trasladan a Francia, Inglaterra u Holanda, donde en todo caso hay una política migratoria muy restrictiva.

Los movimientos poblacionales de caribeños hacia Estados Unidos sólo constituyen una fracción menor de los que realiza el resto de latinoamericanos. El problema hoy día en el cambio de la población "hispanics" es visto como un problema socioeconómico y político que distorsiona el mercado de trabajo, el régimen de protección social, el equilibrio idiomático, y que engrosa los bajos niveles de la estratificación social.

Existe ya la decisión de ponerle fin a este fenómeno y numerosas e importantes medidas han sido tomadas tanto por el gobierno federal como por los poderes de los estados fronterizos, para controlar las porosas fronteras terrestres y expatriar forzosamente a los

ilegales, cuyo estatus hoy día ya no será regularizado. Varios estudios consultados informan que las migraciones de caribeños se realizan tanto por mar como por tierra, donde son prácticamente imposibles de detener, como cuando ocurren a lo largo de la frontera con México. Los lugares de destino son los centros urbanos de la costa este y hay importantes concentraciones en Nueva York, Miami y Washington. Los migrantes son por lo general gente joven, de origen urbano y con algún grado de educación y ocurre por etapas del grupo familiar. En el caso de las pequeñas sociedades angloparlantes, ha sido señalado de modo reiterado la desangrante fuga de talentos hacia Canadá, el Reino Unido y Estados Unidos. No es posible predecir cuántos caribeños más se atreverán a “saltar el charco y la brecha cultural”, que finalmente los conduzca a la triste vida violenta de las urbes estadounidenses.

La transición política en Haití, Cuba y República Dominicana

Este artículo no quedaría completo si no se hicieran algunas reflexiones sobre el otro tema importante de la agenda contemporánea, los procesos y los actores de la construcción democrática, examinado brevemente en los tres países más importantes del Caribe latino. Es posible agruparlos, en un intento de generalización, porque les afectan similares problemas económicos y en los tres ocurren movimientos de una transición política posguerra fría. En este periodo se ha compartido otro rasgo común, el autoritarismo político, control del Estado sobre cualquier forma de oposición que pudiese poner en peligro el lugar que la geopolítica mundial les asigna. En los tres casos los resultados son inciertos, por la redefinición de sus respectivas dependencias del exterior.

Haití y Cuba tienen en común que atraviesan por una profunda crisis económica de naturaleza estructural. En ambos casos, los datos estadísticos no alcanzan a describir el impacto de la pobreza y la desesperanza de la mayoría de la población. En Haití, por ejemplo, en medio de una persistente crisis política, el PIB cayó en un 12% en 1992 y un 10% en 1993; la industria ensambladora, que daba ocupación a una 60 mil personas, ha desaparecido. Se calcula que

la desocupación total en los últimos diez años es del 70 por ciento. La situación cubana es distinta porque se trata de una sociedad que ha venido perdiendo gradualmente sus conocidas ventajas sociales. En los últimos tres años (1991-1994) se calcula que el PIB cayó en un 50 por ciento. El volumen de las importaciones, que en 1989 fue de 8.100 millones de dólares, cayó a 1.700 millones, por falta de divisas en 1993. La catastrófica zafra de 1993, de 4.2 millones de toneladas de azúcar, se redujo a 3 millones, con una pérdida de 450 millones de dólares. No obstante, a partir de 1994 hay signos de recuperación, vía inversiones y turismo extranjeros. La economía dominicana es más sólida, pero enfrenta los conocidos problemas de un difícil ajuste, liberalización y caída de sus exportaciones tradicionales, apenas sustituidas por los ingresos del turismo. Desde la crisis de los ochenta, los niveles de pobreza han aumentado y en general se ha deteriorado el acceso a los servicios sociales básicos.

Éstos son sólo algunos datos que ejemplifican la conjunción particular de profundos desarreglos económicos en el momento en que se intenta algo más que meras reformas políticas en los tres países. La crisis política haitiana, agudizada por el golpe del general Cedras, en septiembre de 1991, ha tenido un epílogo ambiguo con la invasión *benigna*⁴ de Estados Unidos en 1993 y que buscó, después de años de lo que ha sido calificado como una *política exterior epiléptica*, el restablecimiento del orden legal: la reinstalación de Jean-Bertrand Aristide como presidente, el 30 de octubre de 1993, acompañada de la organización del ejército, disolución de las bandas paramilitares y esfuerzos difíciles para normalizar la vida nacional. Se trata de un proyecto de muy largo plazo, dada la magnitud de atraso social, económico y cultural del país, pero sobre todo, por ser ésta una sociedad sin vertebración institucional, sin tradiciones democráticas. Sustituir un Estado depredador por uno democrático es una tarea de varias generaciones.

En el caso de Cuba, el deterioro económico apresurado y vuelto crítico por su dependencia del campo socialista, ahora en trance de difícil acomodo a la economía de mercado, ha agudizado sus limitaciones políticas. Las medidas de liberalización económica no guar-

⁴ Se le califica así porque fue gestionada por el ex presidente Carter, como parte de un acuerdo con Cedras, usurpador y con Aristide, presidente electo. Recuérdese que la invasión de Somalia se hizo, sin duda, por razones humanitarias.

dan relación con ninguna apertura democrática, como ocurre en el resto de América Latina. El bloqueo estadounidense, que carece de sentido por el fin de la guerra fría, refuerza la percepción interna avalada por tres décadas de acoso permanente, de que Washington no perdona y busca terminar con la revolución. Es probable que la élite dirigente cubana experimente con desmesura el *efecto Gorbachov* y que ello explique que no se camine hacia la construcción de un régimen democrático. Hasta ahora, el régimen logró la cohesión interna y la legitimidad a través de la amenaza externa, pero también porque había mantenido el nivel de vida de la población, especialmente ahí donde fue exitoso el modelo social: educación, salud, empleo.

República Dominicana representa una posición intermedia, pues desde que cayó la dictadura brutal de Trujillo se camina por una larguísima transición, una democracia pasmada, incapaz de superar las prácticas autoritarias del clientelismo, la corrupción, la arbitrariedad caudillesca. En consecuencia, con diversas modalidades de gravedad, los problemas políticos por los que atraviesan las tres sociedades consideradas, tienen en común una condición de agotamiento en las formas de ejercicio autoritario de dominación política, que pone en el escenario de los cambios la cuestión del destino que correrán los actores políticos y las eventuales fuerzas de remplazo.

En Haití se ha desplazado la anterior camarilla militar depredadora, con sus rasgos de absoluta ineficacia administrativa y violencia criminal permanente. Han sido sustituidos por políticos jóvenes, con poca experiencia, pero con gran apoyo popular. De no haber colaboración externa, particularmente de Estados Unidos, las fuerzas del pasado habrían tenido éxito en la desestabilización. El nuevo gobierno de Malval fue electo en medio de un amplio boicot de las fuerzas políticas, lo que revela las debilidades del sistema, de los partidos y de las prácticas de la competencia partidaria.

En Cuba, el sistema mantiene su estabilidad por la cohesión del Partido Comunista, la lealtad de las fuerzas armadas, el control de los Comités de Defensa Revolucionaria (CDR) —bajo la dirección del poderoso Sixto Batista— y el funcionamiento de la Asamblea Nacional, electa por un mecanismo de selección múltiple y voto directo, pero en el interior de una estructura monopartidista. Cuenta de manera definitiva la personalidad de Fidel Castro, la indiscutible

adhesión que aún despierta en función de su reconocido talento para sacar provecho de los errores y las calamidades habidas. Numerosos analistas están de acuerdo en admitir que Fidel constituye el mayor factor de estabilidad y el más importante obstáculo para el cambio, pero que puede también ser el primero en favorecer una apertura democrática. ¿De qué depende todo entonces?

Más próxima a la consolidación democrática se encuentra República Dominicana, que lo intenta desde el fin del gobierno del *benefactor* Trujillo, en 1961. La herencia de este taimado dictador militar la recogió otra personalidad de la fronda del pasado, Joaquín Balaguer, que se impuso mediante fraude en las elecciones de 1990 y 1994, después de haber sido presidente desde 1966 hasta 1978 como dirigente del Partido Revolucionario Social Cristiano. Lo que el sistema político necesita es una reforma de sus instituciones como la ley electoral y especialmente de su Junta Central Electoral (JCE), hogar sectario donde se produce el fraude. En 1990, las encuestas daban a Juan Bosch una ventaja de 10 puntos pero Balaguer, ciego, de 87 años, le ganó por 24 mil votos; en 1994 estaba de nuevo atrás en las encuestas y finalmente, después de varios meses de crisis, fue declarado vencedor por una diferencia porcentual de 0.63 por ciento. Balaguer y Bosch, ancianos, se marchan y una nueva cohorte política puede iniciar el recambio político. Una reforma modernizadora de su sistema.

Lo que se evidencia como indispensable en las nuevas condiciones económicas y políticas, nacionales e internacionales, para favorecer los procesos democráticos, es el fortalecimiento de las organizaciones sociales, inexistentes en Cuba, incipientes en Haití, débiles en República Dominicana. Por organizaciones sociales entendemos la existencia orgánica de identidades gremiales, culturales, femeninas, juveniles, étnicas, etcétera; los variados y múltiples intereses privados, que desde la sociedad civil pueden tener la oportunidad de organizarse y hacer vida pública. Desde los espacios públicos están llamados a tener la capacidad de demandar, exigir, conflictuar, contribuir a formar la opinión pública, a influir en las políticas del Estado. Es decir, hacer política. Esto es lo que en el lenguaje politológico se llama fortalecer la sociedad civil, y que el sentido común vincula al fortalecimiento de la democracia. Para esto último, son decisivos los partidos políticos.

Es evidente que la situación cubana, por la naturaleza del sistema establecido a partir del triunfo revolucionario, no dispone de una sociedad civil fuerte a pesar de tener altos niveles de organización en la base. Pero les falta la autonomía propia de la naturaleza de la sociedad civil, que supone intereses privados organizados independientemente del Estado, que por oposición representa lo público. Es decir, sindicatos, organizaciones de intelectuales y estudiantes, etcétera, con iniciativa propia, libremente. Tampoco es dable suponer, en el futuro inmediato, un sistema de partidos y por ello no habrá apertura democrática previsible si no se produce esa condición. Sin embargo, se trata de algo que tiene que ocurrir y mejor si se produce de manera incruenta, como una inevitable transformación de la estructura autoritaria. La Iglesia católica y los grupos disidentes en el interior, algunos sectores cubanos del exilio y la comunidad democrática internacional apuntan hacia esa salida.

En Haití existe lo que Gramsci llama una *sociedad civil gelatinosa*, que tuvo oportunidad de expresarse, por ejemplo, como un acto de descontento masivo e inorgánico frente a la dictadura de Duvalier Jr., con formas de protesta con violencia, pero sin dirección, como en cierta forma lo fue el Partido Lavalista, cuya traducción es *avalancha*. Representa la fuerza elemental, pero no organizada de la sociedad civil. La existencia de organizaciones era imposible en Haití, donde la propia dictadura no tuvo partido ni se apoyaba en movimiento social alguno, salvo los *tontons macoutes*, forma primitiva prefacista de violencia política. Por ello, desde la precariedad y la ausencia de tradición participativa habrá de hacerse un largo ejercicio de estímulo a la tolerancia y al uso de métodos legales, pacíficos y democráticos.

En República Dominicana la tarea no es menos difícil, pero ha empezado. Nuevos actores políticos pueden acceder a la dirección del Estado, dependiendo fuertemente de la capacidad de modernización desde la sociedad civil, principalmente de sus élites empresariales, sindicales, intelectuales y religiosas. Si estos actores se encuentran con la oportunidad de modernizar las instituciones políticas pueden impulsar incluso un pacto nuevo con la vieja élite política, pero a condición de rechazar las viejas estratagemas de dirigir, es decir, sin clientelismo ni violencia.

En resumen, pueden ocurrir en esta parte del Caribe importan-

tes cambios, una transformación postautoritaria bajo modalidades diversas, tales como conflicto político-militar en Haití y crisis y negociaciones para fortalecer la transición, en Santo Domingo. El atraso de la sociedad caribeña hoy día enfrenta de manera directa las tendencias de modernización económica y política de la vida internacional. Desde el exterior deberá contribuirse también para que todo esto se logre.

La crisis haitiana fue calificada con razón como la mayor crisis caribeña de la posguerra fría. Ahora ha sido superada por el nuevo enfrentamiento entre Cuba y Estados Unidos, a raíz del derribo de dos avionetas de militares anticastristas por parte de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). La respuesta estadounidense es aún más brutal y oportunista. La promulgación del *Cuban Liberty and Democratic Solidarity Bill* como se conoce a la Ley Helms-Burton, firmada ya por el presidente Clinton como parte de su campaña electoral, no sólo es una nueva e injustificada agresión contra Cuba sino contra el derecho internacional. La crisis en el Caribe empieza y no se sabe a ciencia cierta si habrá un ganador.

Salamanca, España, marzo de 1996

BIBLIOGRAFÍA

- DOMÍNGUEZ, J., R. PASTOR y D. WORREL (eds.). *Democracy in the Caribbean*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1993.
- CORTEN, A. *L'État Faible: Haiti et Republique Dominicaine*, Montreal: CIDIHCA, 1989.
- _____, F. ANDREU. *Haiti, the Dominican Republic and the United States*, Londres Institute of Latin American Studies, 1994.
- FUNDACIÓN EBERT (ed.). *El Caribe frente al siglo XVI, elementos de análisis*, Caracas: ODCA, 1994.
- KAPCIA, A. *Policial change in Cuba before and after the exodus*, Londres: Institute of Latin American Studies, 1995.
- MAIGOT, A. (ed.). *The Caribbean, new dynamic in trade and political economy*, New Brunswick/London, North South Center, Miami, 1995.

SERBIN, A. y J. TULCHIN (comps). *El Caribe y Cuba en la postguerra fría*, Caracas: Nueva Sociedad, 1994.

SUTTON P. y A. PEYNE. *Modern Caribbean Politics*, Kingston, Ian Radle Pub., 1990.

WATSON, HILBOURNE A. *Globalization, Liberalism and the Caribbean Deciphering the limits of national-state and Sovereignty under global capitalism*, San Juan: Instituto de Estudios del Caribe, Cuaderno núm. 3, mimeo., 1994.

